

DUELO

de IDENTIDADES



Nesa Costas

LA DAGA PÚRPURA

DUELO DE IDENTIDADES

NESA COSTAS

Publicado por primera vez en *El rincón de Nesa*: Septiembre, 2011

Colección: La Daga Púrpura, 2015

© De esta edición: Nesa Costas, 2015

Diseño de portada y maquetación: Pablo Iglesias www.piglesias.com

Primeras correcciones: Manuela Mangas Enrique

Revisiones: Neira Blacquier

Encontrarás más historias más en www.ElRinconDeNesa.com. Si quieres, [suscríbete ahora a mi newsletter](#) y no te pierdas ninguna actualización.

Esta obra no está protegida bajo DRM para que puedas leerla en otros dispositivos si lo deseas. Por favor, respeta el trabajo de todos los que hemos intervenido en el proceso y no lo distribuyas sin permiso. Muchas gracias.

ÍNDICE

ÍNDICE

PRÓLOGO

ANTES

LA CITA
EL GRUPO ZEVA
ASALTO FINAL

AHORA

1 — DESPIERTA
2 — SERGIO
3 — CAMINA
4 — LA PESADILLA
5 — INTUYE
6 — INSOMNIO
7— RECONOCE
8— SIN LÍDER
9— LA CLAVE
RECUERDO 10: DIANA
10— PELEA
RECUERDO 14: EVA
11— BUSCA
12— SOSPECHAS
13— SANGRA
RECUERDO 6: ALICIA
14— AGOTAMIENTO
15— PREPÁRATE
RECUERDO 5: NATALIA
16— LA MENOS PACIENTE
17— INVESTIGA
RECUERDO 1: LA NIÑA
18— CORRE
19— ENGAÑA
20— RABIA
RECUERDO 4: NATALIA
21— CONFIESA
22— MENTIRAS
RECUERDO 3: NATALIA
23— DESCUBRE
RECUERDO 2: EL CLON
24— ACTÚA
RECUERDO 18: EVA
25— REACCIONA
26— TANTEA
27— OBSERVA
28— ATIENDE

RECUERDO 11: NÉMESIS

29— DEFIENDE

RECUERDO 22: EVA

30— COMPARTE

31— IDENTIDADES

32— ESPERA

RECUERDO 12: EVA

33— APRECIA

RECUERDO 8: ALICIA

34— VUELVE

RECUERDO 19: EVA

35— DESCONFÍA

RECUERDO 9: EVA

36— PRESIENTE

37— REENCUENTRO

RECUERDO 20: EVA

38— TEME

39— RECABA

40— PRUEBA

41— SATURADO

42— REFUGIO

43— LIMPIA

RECUERDO 7: ALICIA

44— PREGUNTA

45— REVUELVE

RECUERDO 13: EVA

46— ESPÍA

RECUERDO 16: EVA.

47— SIENTE

48— SIEMPRE

49— RESISTE

50— OCULTA

RECUERDO 15: EVA

51— SEÑALA

52— COMPRENDE

53— ADVIERTE

RECUERDO 23: EVA

54— ARRASTRA

55— DESPEDIDA

RECUERDO 21: EVA

56— ASIMILA

RECUERDO 17: EVA

57— RESPONDE

58— ENCUENTRA

59— ELIGE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

UNA ÚLTIMA COSA

PRÓLOGO

*Is this the real life?
Is this just fantasy?...*

En la tienda 24 horas las notas de *Bohemian Rhapsody*, de Queen, inundaban los pasillos. El dueño, un coreano de pequeña estatura y pelo cano que siempre estaba de pie tras el mostrador, tarareaba la canción mientras revisaba el papeleo. Oculta en el pasillo en el que se encontraban los artículos de limpieza, Eva lo miró durante un segundo, enviando su tranquilidad. Ni él, ni las cuatro personas que estaban allí, la vieron llegar. Un mareo la obligó a apoyar la mano en una de las baldas. El costado le dolía horrores, diversos cortes marcaban su piel. Sentía las pequeñas astillas enredadas en su pelo corto, y enganchadas a su ropa. Por desgracia, todo iba a ir a peor. En las siguientes horas cualquiera de sus amigos podría morir. Había dejado a Diana en el ático y esperaba que se quedase en él. Se quitó a la chica de la cabeza, en aquel momento era el menor de sus problemas.

Cogió aire y avanzó hasta el final del pasillo. Desde allí, observó a Marcos a un solo paso de distancia.

Él no iba a escucharla, ni siquiera la miraba. Tenía los brazos caídos a ambos lados de su fibroso cuerpo y los párpados cerrados. Su mente estaba demasiado lejos como para prestar atención a los sonidos del entorno. El ceño fruncido era una muestra de concentración. La palidez, las ojeras y las bolsas bajo los ojos, reflejaban lo mal que lo trataba la vida a sus veinticinco años.

*...I see a little silhouetto of a man,
Scaramouche, Scaramouche, will you do the Fandango.
Thunderbolt and lightning, very, very fright'ning me...*

El coro de voces de la canción acrecentó el nerviosismo de Eva, el sudor resbaló por su espalda y la angustia le cerró la garganta. Se mantuvo al amparo de una de las góndolas con detergentes en promoción para que no la viera su segundo objetivo, Sergio. A él lo controlaba a través del reflejo del suelo gracias a lo limpias que estaban las baldosas. La silueta del motorista se percibía al inicio del pasillo, como si realmente estuviera observando las botellas de licor de la primera vitrina. En realidad, toda su atención se centraba en la puerta que daba a la calle.

La mezcla de perfumes de los limpiadores le produjo un desagradable cosquilleo en la nariz. En su mano, la tabla de madera pesaba como si fuera de plomo. Se le acababa el tiempo. Volvió a centrarse en Marcos.

—Marcos —llamó por última vez.

...We will not let you go. (Let me go.)
Will not let you go. (Let me go.)...

Era demasiado tarde para intentarlo por las buenas. Salió al pasillo, alzó la tabla, y golpeó a su antiguo amigo en la cabeza con todas sus fuerzas.

Sergio reaccionó con rapidez y Eva sintió el dardo al instante. Un pinchazo en el cuello que, al principio, solo era molesto. Se lo arrancó, pero el contenido ya invadía su sangre. No tenía más que unos segundos antes de vérselas con los devastadores efectos.

El cuerpo de Marcos quedó tendido en el suelo con una fea herida en la frente. Ella tenía que ponerse a cubierto. Los dos clientes y el dueño siguieron a lo suyo, tal vez ni se dieron cuenta, ni tendrían oportunidad de hacerlo. Pronto los sonidos del exterior serían mucho más preocupantes.

Zigzagueó por el pasillo, segura de que el siguiente disparo sería más contundente. En efecto, la segunda bala

del motorista no era un tranquilizante, sino un proyectil que zumbó a milímetros de su pierna. Empezaba a marearse, el narcótico en su torrente sanguíneo provocaba estragos. Cayó sobre el suelo y sus manos fueron incapaces de suavizar el golpe. Lo escuchó aproximarse. No necesitaba ver su rostro para saber que la odiaba más que nunca. De soslayo, encontró que el cañón del arma apuntaba a su cabeza. Se preguntó si sería capaz de matarla.

No pensaba comprobarlo. Aún.

ANTES

LA CITA

Diana se secó el sudor con la pequeña toalla verde que había enganchado en el manillar de la bicicleta estática. Desde donde estaba, un espejo que ocupaba toda la pared le permitía ver cuanto sucedía en el gimnasio instalado en el sótano de la mansión.

En la pared del fondo, sobre las espaldas, una pantalla plana retransmitía las noticias del medio día. Su atención no estaba en los sucesos que una alegre presentadora comentaba. En el otro extremo del gimnasio, sobre el cuadrilátero, Raquel y Marcos estaban a punto de medir sus fuerzas.

Tal vez él fuera más alto, quizá más fuerte, pero la chica de veintidós años sabía defenderse, y llevaba haciéndolo muchos meses. El mismo tiempo que Marcos llevaba intentando que saliera con él.

Diana agudizó el oído, que solo estuvieran ellos tres le facilitó escuchar. Marcos seguía insistiendo.

—Está bien, está bien —dijo, como si estuviera apaciguándola—. Si gano yo, te invito a cenar. Si ganas tú, me invitas a cenar.

Raquel sonrió con una expresión mezquina e hizo chocar los guantes de boxeo.

—O sea, que en ambos casos salgo perdiendo, ¿no?

Cazado, Marcos se rascó la barbilla y se puso los aparatosos guantes.

—Entiéndeme, yo te invitaría porque he ganado, es lo mínimo, tú deberías invitarme porque, pobrecito yo, me has dado una paliza.

Diana se mordió la lengua para no reírse. Raquel se mantenía inflexible y con gesto altanero, pero ella sabía que también contenía la carcajada. Era evidente que esos dos terminarían juntos y se alegraba. Ambos le caían muy bien. Se merecían un resquicio de felicidad, dentro de su precaria situación.

Desconectó en cuanto empezaron a pegarse. Personalmente no le gustaba el boxeo, ni nada que pudiera derivar en moratones o dientes rotos. En su opinión, para mantenerse en forma no era necesario darse de golpes. Las noticias la devolvieron a la realidad. Un periodista señalaba el enorme edificio de cristal que tenía tras él. El volumen estaba tan bajo que no escuchó su voz, pero en el rotulo que apareció al pie de las imágenes pudo leer el titular: el grupo Zeva esquivaba la crisis que afectaba al mundo y, como siempre, cerraba el año con beneficios que serían destinados a su fundación benéfica.

Se le revolvió el estómago, sus ojos verdes se detuvieron en el piloto rojo del aparato y, con un impulso mental, este se hundió hasta apagar el televisor. La respetable empresa, de aspecto altruista y cuyo lema principal era: «miramos por el rural», los había condenado a todos.

Llevaba tantos años viviendo bajo aquel techo que, a veces, se olvidaba del verdadero motivo por el que ella y los demás estaban en la mansión. Eran refugiados, personas cuyas rarezas les impedían tener una vida normal, y cuyo objetivo se limitaba a sobrevivir, o hacer frente a los responsables de sus anomalías.

A Raúl Giráldez, el dueño de toda la propiedad y líder de la agrupación, le debía mucho más que el alojamiento. Sin él, no quería ni pensar dónde habría terminado. Hasta que la encontró, se había sentido perdida y sola. Todavía se sentía sola a menudo, pero ya no estaba perdida.

No conservaba muchos recuerdos de su niñez, pinceladas sueltas que le hablaban de un pueblo, un bosque y unas emociones que parecían ajenas. Lo único que sí tenía bien presente era la sensación de encierro. Sus padres la mantuvieron bajo llave, oculta de cualquier interacción con el exterior, en la pequeña casa en la que vivían. De su cuarto a un pequeño comedor, al baño y a un mínimo salón. Eso fue lo único que conoció hasta los veinte años. El momento de su fuga estaba distorsionado, era muy probable que la mantuvieran sedada en su cautiverio, pero supo aprovechar un descuido de sus progenitores y escapó.

Recordaba escabullirse de noche, al amparo de la oscuridad. Y también recordaba el dolor que le supuso el amanecer. La luz directa, la inmensidad del mundo y el miedo a lo desconocido casi la hacen volver. Los sentimientos hacia sus padres eran fríos, el cariño no existía, y solo sabía que la alejaron de todo para que su rareza, la telekinesia que desarrolló, no les salpicara a ellos también.

No sucumbió, salió a la carretera y la suerte quiso que en los años siguientes no le fuera demasiado mal. Tampoco bien, pero, con el tiempo, aprendió a superar y enterrar todas las miserias que pasó. El azar quiso que los encontrara y, aunque el miedo le dificultó confiar en Raúl al principio, finalmente accedió y se fue a vivir a aquel lugar.

Resultó ser un alivio no ser la única capaz de hacer cosas inusuales. Descubrió que muchos lo habían pasado igual o peor que ella. Incluso los pocos habitantes que no tenían nada peculiar fueron un consuelo, ellos sufrían igual que el resto, generalmente porque algún familiar directo se vio afectado. Personas diferentes, de distintos lugares del país, unidas por un problema común.

Sus ojos volvieron al espejo para ver cómo le iba a la pareja. Se alegraba por ellos, pero no podía evitar sentir una punzada de envidia. Pedaleó un poco más y decidió retirarse antes de que terminasen el enfrentamiento. Apostaba a que, estando a solas, disfrutarían más de su peculiar acercamiento.

Dejó la bicicleta y ordenó a sus piernas a acostumbrarse al cambio. Se echó la pequeña toalla al hombro y se volvió hacia el cuadrilátero.

—¡No lo machaques mucho! —dijo a modo de despedida.

Raquel bajó la guardia y Marcos lo aprovechó para derribarla y atraparla bajo su cuerpo. La cantidad de improperios que salieron por la boca de Raquel no tenían desperdicio. Diana dejó la zona de máquinas con una risita.

Ya en los vestuarios, se dio una ducha rápida, intentó adecentar su melena pelirroja en la medida de lo posible, y

dejó la mansión yendo directa al garaje con los nervios cerrándole el estómago.

La puerta metálica estaba abierta de par en par. La colección de coches, antiguos y nuevos, se extendían en hileras por los laterales mientras que, al fondo, se encontraba la zona destinada como taller mecánico. Distraído, Sergio estaba encorvado sobre el capó de un deportivo negro, que debía ser uno de los coches de paseo de Raúl.

Diana se esforzó por mantener la normalidad. El hermano de Marcos conseguía que su timidez se agravara. Sus zapatos apenas hicieron ruido sobre el suelo pintado. Podría pasarse horas observándolo, pero no quería que la pillase.

—Hola —saludó desde el comienzo del taller. Ella era quien paseaba a su perro, tenía llaves de su casa, pero siempre intentaba entablar alguna conversación. En parte porque le gustaba Sergio, también para obligarse a combatir su carácter introvertido, sobre todo porque se sentía un poco incómoda entrando y saliendo de su casa sin avisar.

Sergio se incorporó. La localizó, sonrió y siguió con el motor.

—Ah, hola, Diana —dijo sin más.

Diana se sintió desdichada. No perdía la esperanza de que algún día mirase hacia ella más de cinco segundos.

—Voy a pasar por el súper antes de sacar a Zar. Era... ¿Necesitas algo?

El ofrecimiento pareció complacerlo, sus labios esbozaron una sonrisa, pero no volvió a mirarla.

—Pues sí, si compras comida para el perro, te lo agradeceré eternamente.

—Hecho —dijo con su tono jovial. No casaba con cómo se sentía, pero no venía al caso hacerlo partícipe de su tristeza.

Se volvió sin despedirse, seguramente él ni siquiera notaría su marcha, y se acercó a su coche. A unos pasos de su Seat Ibiza gris perla, notó algo raro en la carrocería. Dos semanas antes, una columna del garaje se había movido de

esa forma que solo ellas saben y había rascado bien el lateral.

—Sergio...

—Sí —respondió él a su espalda.

Diana pegó un salto. Lo tenía casi tras ella. Al volverse, sintió el calor en el rostro al dar con su expresión divertida. Le gustaba, le gustaba mucho, y él lo sabía.

—Es lo menos que puedo hacer por lo de Zar.

Diana se ordenó dejar de comportarse como una colegiala enamorada y agitó la mano con un ademán despreocupado.

—Me encanta tu perro, es un amor. Pasearlo no me cuesta nada.

Sergio se encogió de hombros. Sus ojos se entristecieron. Diana prefirió volverse al entender que estaba pensando en su ex novia.

—Oye...

Diana no quería escuchar nada en ese momento.

—Se me hace tarde. Mil gracias por lo del coche.

Subió a su vehículo, se despidió con la mano y evitó mirarlo. Antes de llegar a la pista de tierra que atravesaba el inmenso jardín delantero, lanzó un rápido vistazo por el retrovisor. Sergio se iba de vuelta a su taller, con las manos sobre su melena negra, con un gesto que sugería frustración. No se molestó en interpretarlo, llevaba demasiado tiempo dándose de bruces con la realidad. Ella estaba enamorada de él, y él lo estaría siempre de otra.

No había salido de la propiedad cuando su móvil sonó. No tenía ganas de hablar. Se detuvo ante la verja, abrió con el mando y, mientras las dos hojas se separaban, comprobó quien llamaba. Que fuera el número de la mansión la intrigó y contestó.

—¿Sí?

La voz de Sergio sonó vacilante.

—Mmm... Diana, esto...

Diana contuvo un lamento. Solo su voz conseguía ponerla nerviosa. Supuso que necesitaba algo más del súper y no sabía cómo pedirselo.